

 Seix Barral

Georges Perec

Ellis Island

Prólogo de Pablo Martín Sánchez





Seix Barral Biblioteca Formentor

Georges Perec

Ellis Island

Prólogo de Pablo Martín Sánchez

Traducción del francés por
Adolfo García Ortega

Título original: *Ellis Island*

© P.O.L éditeur, 1995

© por la traducción, Adolfo García Ortega, 2021

© por el prólogo, Pablo Martín Sánchez, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Imágenes del interior: págs. 85, 86, 87, 88, 90, 91 y 92, © Everett Collection / Shutterstock;
pág. 89, Washington D.C.: National Archives and Records Administration, n.d.

Primera edición: febrero de 2021

ISBN: 978-84-322-3775-1

Depósito legal: B. 880-2021

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

LA ISLA DE LAS LÁGRIMAS

A partir de la primera mitad del siglo XIX, una extraordinaria esperanza sacude Europa: para todos los pueblos aplastados, oprimidos, sometidos, sojuzgados, masacrados, para todas las clases explotadas, hambrientas, devastadas por las epidemias, diezmadas durante años por la escasez y la miseria, una tierra prometida empieza a existir: América, una tierra virgen abierta a todo el mundo, una tierra libre y generosa en la que los condenados del viejo continente podrán convertirse en los pioneros de un nuevo mundo, en los fundadores de una sociedad sin injusticias ni prejuicios. Para los campesinos irlandeses cuyas cosechas fueron asoladas, para los liberales alemanes perseguidos después de 1848, para los nacionalistas polacos aplastados en 1830, para los armenios, para los griegos, para los turcos, para to-

dos los judíos de Rusia y del Imperio austrohúngaro, para los italianos del sur que morían de cólera y de miseria por centenares de miles, América había pasado a ser el símbolo de la vida nueva, de la oportunidad por fin dada, y millones de personas, por familias y pueblos enteros, desde Hamburgo, Bremen, El Havre, Nápoles o Liverpool, se embarcaron en ese viaje sin retorno.

Durante varias décadas, la última etapa de aquel éxodo sin precedente en la historia de la humanidad, al término de una travesía efectuada muy a menudo en condiciones deplorables, fue un pequeño islote llamado Ellis Island, donde los servicios de la Oficina Federal de Inmigración habían instalado su centro de recepción. De ese modo, sobre aquel estrecho banco de arena en la desembocadura del Hudson, a pocos cables náuticos de la estatua de la Libertad, por aquel entonces recién inaugurada, se reunió temporalmente a todos aquellos que, después, formaron la nación americana.

Prácticamente libre hasta alrededor de 1875, la entrada de extranjeros en suelo estadounidense fue progresivamente sometida a una serie de restricciones, al principio establecidas y aplicadas a escala local (autoridades municipales y portuarias), luego reagrupadas en el seno de una Secretaría para la Inmigración dependiente del gobierno federal. Abierto en 1892, el centro de recepción de Ellis Island marca el fin de una emigración casi salvaje y el advenimiento de una emigración oficializada, institucionalizada y, por así decir, industrial. De 1892 a 1924, cerca de dieciséis millones de personas pasarán por Ellis Island, a razón de entre cinco y diez mil por día. La mayor parte permanecería allí unas horas; solo entre el dos y el tres por ciento fueron rechazados. En resumidas cuentas, Ellis Island no será más que una factoría para fabricar americanos,* una fábrica para transformar emigrantes en inmigrantes, una fábrica a la americana, tan rápida y eficaz como una charcutería de Chicago: en un extremo de la cadena se pone a un irlandés, a un judío

* El setenta por ciento de los emigrantes que llegaban de Europa pasaban por Nueva York.

de Ucrania o a un italiano de Apulia, y por la otra punta —después de una inspección ocular, un vaciado de bolsillos, una vacunación y una desinfección— sale un americano. Pero, al mismo tiempo, al cabo de los años, las condiciones de admisión se volvieron cada vez más estrictas. Poco a poco se fue cerrando la *Golden Door* de aquella América fabulosa en la que los pavos caían ya asados sobre los platos, en la que las calles estaban adoquinadas con oro y la tierra pertenecía a todo el mundo. En realidad, la emigración empieza a remitir a partir de 1914, en principio por causa de la guerra, pero también debido a una serie de medidas discriminatorias cualitativas (*Literacy Act*) y cuantitativas (*quotas*), con las que se prohibía prácticamente la entrada en Estados Unidos a esos «desechos miserables» y a esas «masas apiñadas» a las que, según Emma Lazarus, la estatua de la Libertad invitaba a venir. En 1924, las formalidades de inmigración serán confiadas a los consulados americanos en Europa, y Ellis Island pasará a ser un centro de detención para emigrantes en situación irregular.

Durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, Ellis Island, culminando su vocación

implícita, se convertirá en una prisión para todos aquellos individuos sospechosos de actividades antiamericanas (fascistas italianos, alemanes pronazis, comunistas reales o presuntos). En 1954, Ellis Island fue cerrada definitivamente. Hoy es un monumento nacional, como el monte Rushmore, el *Old Faithful* y la estatua de Bartholdi, administrado por Rangers con sombreros de *scout* que lo enseñan a los visitantes durante seis meses al año, cuatro veces al día.

No todos los emigrantes estaban obligados a pasar por Ellis Island. Los que disponían de suficiente dinero para viajar en primera o en segunda clase pasaban rápidamente la inspección a bordo por un médico y un funcionario y desembarcaban sin problemas. El gobierno federal estimaba que estos emigrantes tendrían con qué satisfacer sus necesidades y no supondrían una carga para el Estado. Los emigrantes que estaban obligados a pasar por Ellis eran los que viajaban en tercera clase, es decir, en la entrecubierta, en realidad en la bodega, por debajo de la línea de flotación, en grandes dormito-

rios corridos sin ventanas, sin apenas ventilación y sin luz, donde dos mil pasajeros se amontonaban sobre jergones a modo de literas. El viaje costaba diez dólares en la década de 1880 y treinta y cinco después de la guerra de 1914. Duraba alrededor de tres semanas. La alimentación consistía en patatas y arenques.

Toda una serie de formalidades tenía lugar durante la travesía; esta estaba a cargo de las compañías de navegación, que eran, en cierto modo, responsables de los pasajeros que embarcaban, ya que debían pagar los gastos de estancia de los emigrantes retenidos en Ellis Island y, en caso de devolución, asumir su retorno a Europa. Esas formalidades consistían en un reconocimiento médico, generalmente chapucero, vacunaciones, desinfecciones y el establecimiento de una ficha descriptiva en la que se consignaban diversas informaciones relativas al emigrante: identidad, procedencia, destino, recursos, antecedentes judiciales, tutor en Estados Unidos, etcétera.

Una vez en la misma Ellis Island, las formalidades de inspección duraban, en el mejor de los casos, de tres a cinco horas. Los que llegaban eran sometidos, en primer lugar, a una revisión médica. Cualquier individuo considerado sospechoso era retenido y sometido a un examen médico mucho más profundo; muchas enfermedades contagiosas implicaban automáticamente el rechazo, en particular el tracoma, la tiña (*favus*) y la tuberculosis.

Los emigrantes que pasaban sin problemas esa inspección eran entonces llamados, al cabo de una espera más o menos larga, ante unos escritorios (*legal desks*) detrás de los cuales se sentaban un inspector y un intérprete (el célebre alcalde de Nueva York Fiorello La Guardia fue durante mucho tiempo intérprete de yiddish y de italiano en Ellis Island). El inspector disponía de unos dos minutos para decidir si el emigrante tenía derecho o no a entrar en Estados Unidos y tomaba su decisión después de haberle hecho una serie de veintinueve preguntas:

¿Cómo se llama?
¿De dónde viene?
¿Por qué viene a Estados Unidos?
¿Qué edad tiene?
¿Cuánto dinero tiene?
¿De dónde procede ese dinero?
Muéstremelo.
¿Quién ha pagado su pasaje?
¿Ha firmado en Europa algún contrato para venir a trabajar aquí?
¿Tiene amigos aquí?
¿Tiene familia aquí?
¿Alguien puede responder por usted aquí?
¿Cuál es su oficio?
¿Es usted anarquista?
Etcétera.

Si el recién llegado respondía de una manera que el inspector juzgaba satisfactoria, este sellaba su visado y lo dejaba marchar después de haberle dado la bienvenida (*Welcome to America*). Si había el menor problema, el inspector escribía en su planilla «S. I.», que significa-

ba *Special Inquiry*, inspección especial, y la persona en cuestión que acababa de llegar era convocada, al cabo de una nueva espera, ante una comisión compuesta por tres inspectores, un taquígrafo y un intérprete, los cuales sometían al aspirante a la inmigración a un interrogatorio mucho más exhaustivo.

En 1917, pese al veto del presidente Wilson, el Congreso votó la *Literacy Act*, por la que a los aspirantes a la inmigración se les exigía que supieran leer y escribir en su lengua de origen y que se les sometiera a diversos test de inteligencia. Estas medidas, junto con la aplicación de cupos discriminatorios para los nuevos emigrantes (los que procedían de la Europa del Este, Rusia e Italia, por oposición a aquellos que, en los tres primeros cuartos del siglo XIX, habían venido de los países escandinavos, Alemania, Holanda, Inglaterra e Irlanda), hicieron las formalidades de admisión mucho más largas y, año tras año, mucho más difíciles.

La mayoría de los inspectores llevaban a cabo su trabajo concienzudamente y, con la ayuda de los intérpretes, procuraban obtener la mejor información posible de los recién llegados.

Un gran número de ellos eran de origen irlandés y poco habituados a la grafía y a la consonancia de los nombres de Europa central, de Rusia, de Grecia y de Turquía. Por otro lado, muchos emigrantes deseaban tener nombres que *parecieran americanos*. De ahí que en Ellis Island se produjeran innumerables historias de cambios de nombres: a un hombre llegado de Berlín se le llamó Berliner, a otro cuyo nombre era Vladimir se le sustituyó por Walter, otro llamado Adam pasó a ser Adams, un Skyzertski se convirtió en Sanders, un Goldenburg en Goldberg, mientras que un Gold derivó en Goldstein.

Aconsejaron a un viejo judío ruso que eligiera un apellido muy americano para que los funcionarios del registro civil no se equivocaran al transcribirlo. El viejo pidió consejo a un empleado de la sala de equipajes, quien le propuso *Rockefeller*. El viejo judío repitió varias

veces seguidas *Rockefeller, Rockefeller*, para estar seguro de no olvidarlo. Pero cuando, muchas horas más tarde, el funcionario del registro le preguntó el apellido, él lo había olvidado por completo y contestó en yiddish: *Schon vergessen* (ya lo he olvidado), así que fue inscrito con el muy americano nombre de John Ferguson.

Quizá esta historia sea demasiado divertida para ser verdad, pero, en el fondo, poco importa que sea verdadera o falsa.

Para los emigrantes ávidos de América, cambiar de nombre podía ser considerado como algo ventajoso. Para sus nietos, hoy en día eso es diferente: se ha observado que, en 1976, año del bicentenario, varias decenas de Smith de origen polaco solicitaron llamarse de nuevo Kowalski (Kowalski y Smith significan ambos «herrero»).

Tan solo el dos por ciento de los emigrantes de Ellis Island fue rechazado. Eso, sin embargo, equivale a doscientas cincuenta mil personas. Entre ellas, de 1892 a 1924, hubo tres mil suicidios.